



Capítulo 27



ARGUEDAS:
LA DINÁMICA DE LOS ENCUENTROS CULTURALES

TOMO I

Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales. Tomo I
Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores

© Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores, 2013

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Concepto gráfico: Lala Rebaza

Diseño de interiores: Mónica Ávila Paulette

Carátula en base al afiche *Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: abril de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-32-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-05741

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300212

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

No parecía tener prisa por volver con los adultos

MARÍA GRACIA MARTÍNEZ



El testimonio que daré hoy, gracias a la gentil invitación de Carmen María Pinilla Cisneros, se basa en la estrecha relación que mantuvieron mis padres, Carmen Pizarro Zevallos y José María Martínez Requena, con José María Arguedas. Esta relación partió indudablemente de la vieja e íntima amistad de mi madre con las hermanas Alicia y Celia Bustamante Vernal, figuras en las que me detendré porque considero que son cruciales para entender la vida y la etapa más productiva del personaje que nos convoca, pues lo acompañaron y estimularon con afecto incondicional y total desprendimiento.

He mencionado que este vínculo era viejo e íntimo. Viejo, porque las familias Bustamante Vernal y Pizarro Zevallos se conocían de tiempo atrás: ambas eran originarias de la zona del Perú especialmente remecida por la Guerra del Pacífico. Los Bustamante procedían de Tarapacá y estaban vinculados a la figura heroica de Alfonso Ugarte, mientras que los Pizarro eran tacneños. Mi abuelo paterno, el general José Ramón Pizarro O'Phalon, sobreviviente de Tarapacá y prisionero en Chile tras la batalla, fue luego plebiscitario, senador por Tacna y Ministro de Guerra y Marina; su esposa, la abuela María Dolores, vivió el proceso de

«chilenización» de Tacna y asistió clandestinamente a clases de historia del Perú y cultura peruana que dictaban ciudadanos notables en sus casas particulares. Una generación después, esas heridas no habían desaparecido aún y, de más está decir que, tanto Alicia como Celia y mi madre, crecieron en un ambiente muy patriótico, muy regionalista y sumamente antichileno.

El vínculo fue íntimo por las afinidades, sinceras y profundas, entre las tres jóvenes mujeres, que se distinguían por lo liberales, voluntariosas y políticamente comprometidas que eran. La ya existente amistad familiar con Alicia cobró una nueva dimensión cuando mi madre ingresó, en 1925, a la Escuela de Bellas Artes, porque mi abuelo quería que no solo sus hijos varones, sino también sus hijas, tuvieran una educación superior; no concebía la idea de mantener en casa a unas señoritas dedicadas a las labores domésticas y a la vida social. Durante el quinto año de estudios de Carmen, Bellas Artes cambió de director y pasó de manos del maestro Daniel Hernández a las de José Sabogal. Con él, el indigenismo se afianzó



Celia Bustamante, Carmen Pizarro, amiga, maestro Hernández, colega, Alicia Bustamante, José Sabogal

como fuerza inspiradora para los jóvenes estudiantes, quienes cobraron un especial afecto por algunos profesores jóvenes: Jorge Vinatea, Julia Codesido, Alicia Bustamante. Mi madre siempre admiró el talento de Alicia, especialmente en las delicadas técnicas de la acuarela y del pastel. Recordaba con emoción los paseos junto a ella, buscando rincones personales y pintorescos del Cercado de Lima y un viaje a la sierra central para pintar personajes y paisajes del valle del Mantaro. Allí, en Concepción y Ocopa, en la feria de Huancayo, mi madre descubrió los paisajes serranos y observó el trabajo de los campesinos de la región, en compañía de sus amigas Leonor Vinatea, Cota Carvallo y Carolina Denegri. Carmen guardó siempre con especial cariño dos finos trabajos de su amiga y maestra: un dibujo al pastel que representaba una iglesia de Cochabamba y una cajita pintada que Alicia le regaló por su matrimonio, en la cual mi madre guardaba sus anillos.

Si el vínculo con Alicia se profundizó por el arte y, sobre todo, por el descubrimiento del indigenismo, la sintonía con Celia creció por otra pasión: la educación inclusiva. Al haber concluido sus estudios en Bellas Artes y tener a sus dos hermanas menores trabajando ya como asistentes sociales, mi madre no sabía aún cómo aplicar lo que había estudiado. Fue entonces cuando se le acercó Celia y le contó sobre el proyecto de las hermanas Emilia y Victoria Barcia Bonifatti: crear un jardín de infancia cercano al Parque de la Reserva, frente a la Iglesia de Santa Teresita, aplicar allí los principios de Fröbel sobre la estimulación temprana y el aprendizaje lúdico y ofrecer este servicio a los niños de Santa Beatriz y a los de La Victoria. Mi madre descubrió allí su verdadera y profunda vocación: Celia enseñaba educación rítmico-musical; ella, dibujo y trabajo manual. Durante varios años vivieron intensamente la labor, disfrutaron mucho de ese trabajo y descubrieron una nueva forma de complicidad.

Tanto las hermanas Bustamante como mi madre compartían las mismas inquietudes políticas y sociales. Eran abiertamente de izquierda y colaboraban con el Socorro Rojo, brazo del Partido Comunista: visitaban a presos políticos y se encargaban de llevarles víveres y juguetes a los hijos de estos, juguetes hechos a mano, con gran dedicación y prolijidad: animales y muñecos de trapo, camiones de madera, caballitos de balancín. Además, ayudaban a sobrevivir a los que estaban escondidos o vivían en la clandestinidad. Una anécdota interesante que ejemplifica su nivel de compromiso está relacionada a la fuga de la cárcel de Eudocio Ravines, creador del Partido Comunista del Perú. Se había decidido que la única forma de evasión para este personaje era salir camuflado entre las visitas dominicales, y hacerlo

disfrazado de mujer, pero el tamaño de la ropa requerida, sobre todo los zapatos, creaba una gran dificultad. La «mama» negra que había criado a mi madre y mis tíos, la enorme y buena Liberata, que era de lo más rezadora, nunca le perdonó a la «niña Carmencita» que usara su ropa para tal fin.

Como es sabido, las Bustamante escogieron como novios a destacados personajes de la izquierda: Alicia, al dirigente Germán Carnero Checa, y Celia, a Arguedas. Alicia había iniciado, además, la Peña Pancho Fierro en una casa de la Plaza de San Agustín con unos pocos cajones de embalaje, sencillos muebles del mercado, multicolores telas artesanales, cojines de colores y las exquisitas piezas de artesanía que solo gente como ellas o Elvira Luza sabían apreciar. Así, las Bustamante crearon uno de los más importantes espacios de encuentro e intercambio intelectual de las décadas de los cuarenta y cincuenta. No era un local para la jarana, sino un lugar de reunión de artistas, músicos e intelectuales donde se cultivaba el arte de la tertulia. Fue allí, precisamente, donde mi madre conoció a mi padre, un refugiado político español. Allí coincidieron también mi padre y Arguedas, y empezó una amistad distinta, de parejas. Allí se celebró, igualmente, un coctel tras el matrimonio civil de mis padres.

Cuando nació mi hermano Joaquín, en 1946, y cuando nací yo, en 1950, las hermanas Bustamante se portaron como lo que los limeños llamamos «tías de cariño». Generosas e impulsivas, fueron las primeras en visitar a mi madre, y lo hicieron cargadas de lindos regalos: colchitas de bayeta bordadas de animales multicolores (llamas, zorros, conejos, cuyes); muñecas y animales hechos por ellas; novelas para la madre y botellas de brandy español para el padre.

A pesar de que yo era muy pequeña cuando vivía en la casa de la abuela María Dolores, tengo muchos y muy claros recuerdos de mi primera infancia: en gran cantidad de ellos aparecen el «tío José María» y las «tías Bustamante». Cuando mi hermano cumplió tres años, mi madre lo llevó consigo al Jardín de Infancia Número 1; varios años después, lo hizo conmigo. Nuestras primeras maestras fueron Celia y una muy joven Lilly Caballero de Cueto. Recuerdo a Celia llevándonos en fila al parque inmediato y organizar con nosotros rondas, trencitos, juegos de escondidas, charadas. Ya más tranquilos, nos sentaba en círculo y nos enseñaba canciones, rimas y juegos de manos. Recuerdo también que Celia solo trabajaba en el horario de mañana y que, al mediodía, aparecía a veces Arguedas para recogerla. Era especialmente cariñoso y solícito con ella. Se les veía muy unidos y compenetrados.

Lo que conservo más preciso en la memoria son las visitas a casa de mi abuela. Se reunían regularmente allí José Sabogal y María Wiese, Arguedas y Celia, mi tía Anita y su marido Armando Camino Brent, y mis padres. Les encantaba el cine y aprovechaban que, una noche a la semana, el Cine Azul ofrecía una función doble a precio simple de películas europeas no tan comerciales, generalmente inglesas o francesas. Apenas llegaba a la casa de la cuadra 7 de la Avenida Arequipa, Arguedas subía a nuestro cuarto de juegos y siempre nos sorprendía con algún regalito: unos caramelos en forma de muñequitos a los que llamaba «chumbeques», algún cuento o algo para armar. Era especialmente cariñoso con Joaquín y conmigo, nos sentaba en sus rodillas y nos contaba historias en las que, mucho más tarde, reconoceríamos fábulas tradicionales. Mi favorita era una sobre la guerra de los animales, en la que Arguedas se lucía imitando las voces y los movimientos de los pumas, lobos, sapos, añases, sajinos y sobreactuaba en el momento en que el diminuto isango picaba al tigre y lo dominaba. También pedíamos la repetición de la historia del zorro y el *huaychao*. Mi hermano, que había escuchado algo sobre los temibles *pishtacos*, no cesaba de interrogarlo al respecto. Arguedas no parecía tener prisa por volver con los adultos: mi madre tenía que subir a buscarlo y recordarle que ya era hora de ponerse en marcha.

Las cuatro parejas se iban caminando por la Avenida Arequipa (sencillos, austeros y sumamente modestos, ninguno de ellos poseía un auto). Alguna vez que nos desvelamos, pude ver cómo acababan esas reuniones: con una charla, sándwiches de jamón serrano y tazas de té con pisco que preparaba mi tía Pepita. En una ocasión, me escapé en pijama para saludar a quien consideraba «mi visita»; Arguedas se rió y dijo: «Dejen a la española». Me sentó en sus rodillas y nunca me volvió a llamar de otra manera. Desde niña, siempre lo sentí e intuí como una persona muy sentimental y tierna.

Las visitas a la casa en que vivían Alicia y los Arguedas no era regulares, pero sí frecuentes. Las Bustamante destacaban por su generosidad y el espíritu hospitalario con que recibían a la gente que querían, y mi madre era una de sus amigas más entrañables. Su casa quedaba en el centro, creo que en la calle Mariquitas, en un segundo piso. En el trayecto, una y otra vez, Carmen insistía: «Nena, después de almuerzo, no hagas mucho ruido. El tío José María está un poco delicado, necesita dormir». A esa edad, yo no entendía nada sobre depresiones o insomnio, pero me quedó clarísimo que el tío José María necesitaba una siesta y nosotros conversaríamos a susurros. A pesar de todo, Arguedas se alegraba con esas visitas



Armando Camino Brent en la Peña Pancho Fierro



Anita Pizarro en un rincón de la Peña Pancho Fierro

y siempre me llevaba a una bodega cercana, donde escogíamos algún postre para mejorar lo que él consideraba «un almuerzo franciscano». En el trayecto —un par de cuadras—, siempre me llamó la atención el afecto sincero de Arguedas por los animales: se detenía a acariciar a cuanto perro o gato veía por la calle. Le encantaban, conocía a todos los del barrio, y me dio una gran lección: los chuscos, decía él, son más listos y más sanos. De no haber sido testigo de esa ternura, no hubiera podido apreciar tan plenamente ciertos matices de mis lecturas como estudiante de literatura en esta universidad, como, por ejemplo, los matices de este cuento de Arguedas titulado «Los escoleros»:

Kaisercha nomás, el perro del patrón era serio; su cabeza grande, sus ojos chiquitos, su boca de labios caídos, su tamaño —era casi como un becerro— ponían recelosos a los comuneros. ¿Por qué no ladraba Kaisercha? Andaba con la cabeza caso gacha, con el rabo caído, sin mirar a nadie, bien serio; a los otros perritos del pueblo no les hacía caso y de vez en cuando nomás enamoraba. Las chaschas eran muy distintos: callejeaban todo el día, con las orejitas paradas, el rabo alto y enroscado, andaban alegres y prosistas en todo el pueblo (Arguedas, 2006, p. 45).

Al llegar a la pulpería, frente a un largo mostrador repleto de dulces de olla, él escogía uno y yo otro. Sus favoritos eran, indefectiblemente, los higos calados; yo dudaba siempre entre el arroz con leche y la cocada. Arguedas me engrería. En cierta ocasión, cuando yo tenía unos diez años, escuché a mis padres hacer comentarios al respecto. Oí a mi madre decir: «¡Qué pena! Un hombre que adora a las criaturas y no puede tener hijos».

Así como eran generosas e incondicionales, las Bustamante eran exigentes, celosas, muy irónicas y muy críticas. Cultivaban un espíritu gregario y no aceptaban que los más cercanos a ellas discreparan de sus ideas u optaran por alternativas distintas. Dos comentarios mordaces de Alicia causaron un largo distanciamiento con mi madre: consideró una «traición» que mis padres reanudaran su relación con Genaro Carnero Checa, antiguo novio suyo. Este había retornado del exilio en México (a donde Alicia no había aceptado acompañarlo o seguirlo, pese a sus múltiples requerimientos) con esposa, la española Maruja Roqué, y mis padres los habían saludado y felicitado por su matrimonio, cosa que Alicia no toleró. Poco después, ella misma comentó irónicamente que mi padre (empleado de Relaciones Públicas en una transnacional) había dejado la Internacional Socialista por la International Petroleum. Mi madre se resintió muchísimo y prefirió apartarse, pero la decisión le costó mucho.

Los hombres no se hicieron eco de este pleito. Mantuvieron siempre una amistad ecuánime, basada en aspectos muy concretos. ¿Qué vinculaba a Arguedas y a mi padre? Lo he pensado mucho, porque, políticamente, mi padre se había desencantado muchísimo de su filiación socialista, y porque era un español sumamente orgulloso de su nacionalidad y su origen. ¿Qué hallaba en él un intelectual convertido en ícono de la izquierda, además de supuestamente antihispanista? Pues bien, lo primero que los unía era la experiencia dolorosa de un profundo desarraigo personal. Asimismo, los identificaba y unía su origen provinciano: Arguedas, de Andahuaylas, lleno de añoranzas serranas, entendía perfectamente la nostalgia del exiliado español que había nacido en Caudete, un pueblito de Castilla en La Mancha, bañado por el río Vinalopó y rodeado de campos llenos de manzanos y almendros. Lo que Viseca suponía en el imaginario infantil y juvenil de Arguedas, lo era La Casa del Culebro y las demás fincas de mi abuelo español para mi padre. La emoción por el paisaje y la vida del campo era algo que Arguedas no podía compartir, vivencialmente, con muchos de sus amigos de la Peña Pancho Fierro, ni con los intelectuales o funcionarios estatales que lo rodeaban en el día a día. En cambio, mi padre, que sí comprendía lo que eso suponía, podía resultar un interlocutor sensible y atento.

Otro importante punto de contacto era el auténtico interés de mi padre por la cultura popular y el folklore. Desde pequeño había experimentado lo que eran las fiestas patronales y, sobre todo, la gran celebración de las fiestas de moros y cristianos de su pueblo cada setiembre. El bisabuelo y el abuelo habían sido «capitanes» de la comparsa de los moros y de los «mirenos», respectivamente: para ellos, era un honor y un deber ocuparse de las bandas de música que había que ir a contratar a Alicante o Albacete, del convite, de la pureza de la indumentaria de la época y de una impecable representación de los Episodios Caudetanos. A Arguedas le encantaba que mi padre le representara una y otra vez el agónico final del moro cautivo, o que declamara las arengas de los contrabandistas. ¿Quién hubiera podido compartir, en Lima, esa emoción similar a la de ser mayordomo de una fiesta serrana con Arguedas?

Los dos José Marías eran hombres tranquilos, reflexivos, buenos conversadores. Se reunían frecuentemente en un café de la Plaza San Martín, llamado popularmente La Zamba del Portal, a tomar una copa y comer empanadas. Les gustaba mucho almorzar en un restaurante de la zona de Magdalena, Jardín Piselli; allí jugaban bochas y sapo, mientras disfrutaban de los días de buen clima. En octubre, a Arguedas le encantaba ir a los toros con mi padre. Además, recuerdo que hicieron

un par de excursiones a Canta y Obrajillo, zona que a ambos les permitía hacer largas caminatas. Una vez, mi padre le entregó fotos tomadas allí; Arguedas miró con especial interés una de ellas y lo sorprendió recitándole, completo y de memoria, un poema de Machado («Yo voy soñando caminos»):

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas! [...]

¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero
—la tarde cayendo está—.

En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón.

Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece
y el camino que serpea
y débilmente blanquea
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
«Ayuda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada».

Cuando mi hermano ya era universitario y yo estudiaba los primeros años de la secundaria, escuché comentarios sueltos de mis padres: Arguedas estaba muy triste y alicaído, su relación con Celia pasaba por una crisis, había aparecido otra mujer. Mi madre olvidó todas sus diferencias con Alicia y reanudó sus visitas a las que nunca dejó de considerar sus amigas. Cuando el matrimonio se separó, ella y mi padre conversaban sobre algo que les parecía insólito: Arguedas llamaba constantemente por teléfono a Celia, parecía no superar la ruptura ni poder desprenderse de su primera mujer.

En abril de 1966, un médico amigo de la familia llamó a mi madre y le contó que Arguedas yacía en el Hospital Rebagliati: había fallado en su intento de suicidio, estaba en un estado de gran inquietud y llamaba sin cesar no a Sybila Arredondo, su nueva pareja, sino a «la ratita» (apodo de Celia) y a Carlos (Cueto Fernandini, entrañable amigo suyo). Una camarilla de médicos conocidos por su militancia política intentaron blindarlo, pero no lo lograron, y Arguedas fue visitado por las dos personas que insistía en tener a su lado, las que le sabían brindar soporte y consuelo.

Cuando Arguedas murió, en diciembre de 1969, yo ya no estaba en el Perú. Estudiaba en Alemania. Durante las primeras vacaciones en Lima, visité a Celia en su casa de la calle Saco Oliveros para darle el pésame: estaba muy consumida, muy triste, pero nos recibió con más cariño que nunca y con la generosidad de siempre. Al despedirse, me entregó un hermoso toro de Pucará con la cabeza verde vidriada, el primero que tuve y origen de una pequeña colección que aprecio mucho. Nunca la volví a ver.

Arguedas y las Bustamante son inolvidables para mi hermano Joaquín y para mí, que nos hemos dedicado a la enseñanza de la literatura y que amamos la artesanía peruana. Los dos estamos seguros que la de ellos fue una amistad que enriqueció enormemente la vida de nuestros padres.

Bibliografía

Arguedas, José María (2006). Los escolares. En *Cuentos escogidos*. Caracas: Fundación Editorial el Perro y la Rana.